

poquito hasta que entre en su casa... Ya llega; abre su puerta. Ahora me escabullo, y Dios me acompañe. Debiera llevar algo que duela... ¡Ah!, la llave. Es mejor que la mano del almirante. Con esto y las uñas... yo le juro que...»

Tomó un coche, y apenas entró en él se sintió tan mareada, á causa del movimiento y de su propia debilidad, que hubo de cerrar los ojos é inclinar la cabeza para no ver las casas volteando en torno suyo. «Debí haber tomado un caldito antes de salir... Pero á buena hora me acuerdo. En fin, esto pasará.» Pasó ciertamente, y lo primero que hizo al reponerse fué variar la orden que había dado al simón. Habiale dicho *Ave María*, 18; pero tuvo una idea, y dijo *Cabeza*, 10, sacando la suya por la ventanilla, alargando el brazo y tocando con la llave que en la mano llevaba, al modo de un arma, el brazo del cochero. En la casa últimamente designada estuvo como una media hora, y cuando bajó á tomar de nuevo el carruaje, su cara pálida tenía transparencias de cera, los labios no tenían color... «¿Adónde vamos, señora?», le preguntó el cochero, viendo que pasaba tiempo sin que diera ninguna orden. «Subida á Santa Cruz, esquina á la calle de Vicario Viejo.» Y dicho esto, y al rodar de la berlina, daba vueltas á este pensamiento: «Claro; lo que yo dije. La Visitación á mí no me lo había de ocultar. ¡Y luego dice el tonto de Ballester que mi marido está

loco! Más razón tiene y más talento que todos los cuerdos juntos... No se ha equivocado ni en tanto así. Veinte duros le he dado á la Visitación por la cantinela... Claro; á mí no me lo había de negar...» Y partiendo de esta idea, volvió á la misma cien y cien veces, describiendo el doloroso círculo.

Apeóse en la subida á Santa Cruz, y subió al obrador de Samaniego, entrando por el portal, que estaba en la calle de Vicario Viejo. Iba tan decidida, que no tuvo ni la más ligera vacilación. La puerta del entresuelo tenía mampara de hule, que al abrirse hacía sonar un timbre. Fortunata había estado allí en los días que precedieron á la inauguración de la tienda, y recordaba perfectamente todo. No había que llamar, sino que se empujaba la mampara, sonaba un *plán* muy fuerte y ya estaba uno dentro. Así lo hizo aquel día, y apenas recorrió el corto pasillo que á la estancia principal conducía, encaróse con Aurora, que en aquel momento iba desde el centro, donde estaba la mesa, hacia una de las ventanas, llevando telas en la mano. Alrededor de la mesa vió Fortunata como unas seis ó siete oficiales cosiendo, y en un sofá, junto á la ventana apaisada que daba á la calle, estaban dos señoras, examinando á la luz encajes y telas.

—Buenos días—dijo la Rubín, deteniéndose un instante y recorriendo con mirada fugaz

todas las caras que delante tenía. Aurora, al verla, se quedó tan inmutada, que no supo ni qué decir ni qué cara poner. «¡Ah!... tú, Fortunata... ¡Cuánto tiempo...!» De improviso tomó un tonillo de sequedad. «Dispensa... Estoy ocupada. Si quisieras volver á otra hora...» Pero al instante cambió de registro. «¡Qué cara te vendes! ¿Has estado mala?»

—Y tú, ¿cómo estás?... Siempre tan famosa... —le dijo Fortunata acercándose y poniendo una cara fingidamente amable, pero en la cual no era difícil ver la cruel suavidad con que algunas fieras lamen á la víctima antes de devorarla.

—Y tú, ¿dónde te metes?—balbució Aurora muy cortada sin saber para dónde volverse.

Por fin se dirigió á las señoras que allí estaban, pero no supo qué decirles. Fortunata se le puso delante cuando volvía hacia la mesa central. «Tenía que hablar contigo... Como no se te ve... ¡Ay, qué amigas éstas: se muere una sin que le digan nada!»

Algo se tranquilizaba Aurora con este lenguaje, y sonriendo contestó: «Hija, con tantas ocupaciones, no tiene una tiempo para visitas. Pensé ir á verte... Pero siéntate.»

—Estoy bien así... Pronto despacho.

Aurora se acercó otra vez á las señoras, y al volverse, su amiga le tocó un brazo. «Tenía que hablarte dos palabras... una cosita que te

quería decir. Me estaba muriendo por verte. ¡Ingrata! ¡Sabiendo el gusto que me da tu compañía!...»

—Tienes razón—dijo la otra volviendo á inquietarse, porque en la cara de su amiga advirtió algo que la puso en cuidado.—Todos los días pensaba ir...

—Sabiendo que te quiero tanto...

—Y yo á ti... ¿Pero por qué no te sientas?

—No... Me voy en seguida. No he venido más que á traerte una cosa...

—¡A traerme una cosa... á mí!

—Sí, verás.

Y diciendo *verás*, hizo con el brazo derecho un raudo y enérgico movimiento, y le descargó tan de lleno la mano sobre la cara, que la otra no pudo resistir el impulso, y dando un grito, se cayó al suelo. Fortunata dijo: «¡Toma, indecente, púa, ladrona!»

Bofetada más sonora y tremenda no se ha dado nunca. Todas las oficiales corrieron espantadas al auxilio de su jefe; pero por pronto que acudieron, no fué posible impedir que Fortunata, empuñando su llave con la mano derecha, le descargase á la otra un martillazo en la frente; y después, con indecible rapidez y coraje, le echó ambas manos al moño y tiró con toda su fuerza. Los chillidos de Aurora se oían desde la calle. Las dos señoras aquellas salieron á la escalera pidiendo socorro. Gracias que las oficia-

las sujetaron á la fiera en el momento en que clavaba sus garras en el pelo de la víctima, que si no, allí da cuenta de ella. Sujetada por tantas manos, Fortunata hizo esfuerzos por desasirse y seguir la gresca; pero al fin el número, que no el valor, venció su increíble pujanza. A una de las modistillas la tiró patas arriba de una manotada; á otra le puso un ojo como un tomate. Dando resoplidos, livida y sudorosa, los ojos despidiendo llamas, Fortunata continuaba con su lengua la trágica obra que sus manos no podían realizar. «Eso para que vuelvas, so tunanta, á meter tus dedos en el plato ajeno... Embustera, timadora, comedianta, que eres capaz de engañar al Verbo Divino. ¡Lástima de agua del bautismo la que te echaron! Tramposa, chalana... Te pateo la cara, aunque me deshonne las suelas de las botas.»

Y tal esfuerzo hizo por desasirse, que á punto estuvo de lograrlo. Dos de ellas habían acudido á levantar á Aurora, que continuaba dando gritos de dolor. Si no se presentan Pepe Samaniego y un dependiente, sabe Dios la que se arma allí.

—¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Quién es usted? ¿Qué busca usted?

—¡Quién soy!...—gritó Fortunata con desesperación.—Una persona decente...

—Sí, ya se conoce... ¡Aurora, por Dios!... ¿Qué es esto?

—Una persona decente, que he venido á ajustarle la cuenta á este serpentón que tiene usted en su casa. Y también es calumniadora.

—Cállese usted y váyase muy enhoramala... ¿Pero qué es esto, Aurora?... ¡Jesús!, sangre en la cabeza. Una herida... Oiga usted, mujerzuela: ahora mismo va usted á la cárcel... ¡Eh!, llamar á una pareja.

La Fenelón estaba como desmayada, y sus alumnas le desabrocharon el vestido para aflojarle el corsé.

—Quien va á ir á la cárcel es esa—chilló la agresora, frenética, revertida otra vez bruscamente á las condiciones de su origen, mujer del pueblo, con toda la pasión y la grosería que el trato social había disimulado en ella.—Yo no he faltado... A mí sí que me han faltado... Esa bribona me ha engañado, nos ha engañado á las dos, porque somos dos las agraviadas, dos, y usted debe saberlo... *Aquella* es un ángel, yo otro ángel; digo, yo no... Pero hemos tenido un hijo; *el hijo de la casa*, y ésta es una entrometida, fea, tiñosa y sinvergüenza, que me la tiene que pagar, me la tiene que pagar.

—¡Si no se calla usted!...—dijo Samaniego, llegándose á ella con ademán amenazador.—Vamos, que por ser usted mujer, no le sacudo el polvo ahora mismo.

—¿Usted á mí?... Falta que pueda. Más le val-

drá á usted no permitir las indecencias que hace esta...

—Le digo á usted que si no se calla... No me puedo contener... ¡Eh!, llamar á una pareja.

La escena tomó aún peor carácter con la aparición inesperada de doña Casta, que hubo de llegar á la tienda en aquel instante, y enterada de la zaragata, subió renqueando, y entró en el teatro del dramático suceso dando gritos: «¡Hija de mi alma!... ¡Pero qué!... ¡la han matado!... ¡sangre!... ¡Ay, Dios mío! ¡Aurora... Aurora!... ¿Pero quién ha sido?... ¡Ah!, ¡esa mujer!...

—Si, yo; yo he sido—le dijo Fortunata desde el rincón donde la tenían acorralada.—Mejor cuenta le tendria á usted, so bruja, no ser tapadera de las tunanterías de su niña...

Doña Casta, acudiendo á su hija, no se hacia cargo de las flores que la otra le echaba. Aurora volvió en sí exhalando gemidos. «No es nada, tía—dijo Samaniego.—No se asuste usted... Una leve contusión, y el susto correspondiente... ¿Pero no se calla esa salvaje?... A la prevención, á la prevención...»

—Dejarla; que se vaya...—murmuró Aurora con los ojos cerrados.

—A la cárcel—gritaba ronca doña Casta.

—No, á la cárcel no—dijo la víctima, haciendo gala de generosidad...—Dejarla, dejarla... Pepe, no le hagas nada.

—No; si yo no la pego... Allá se entenderá con el juez.

—No, juez no, juez no—decía la de Fenelón muy apurada.—La perdono. Dejarla, que se vaya, que se vaya pronto, que yo no la vea.

Fortunata, implacable, no se quería callar, y entre los que rodeaban á la víctima se dividieron los pareceres respecto á lo que se debía hacer con la agresora. Subió más gente, y el obrador, con tanto vocear y las pisadas de los que entran y salían, parecía un infierno.

VII

La primera que llegó á la casa de la Cava durante la ausencia de la *Pitusa* fué Guillermina. Después de llamar dos veces, la voz de Encarnación le respondió al través de los agujeros de la chapa: «La señorita ha salido. Me ha dejado encerrada.»

—¡Ha salido!... ¡Dios nos asista!... ¿Pero es eso verdad, ó es que no quiere recibirme?

—No, señora, no está. Dijo que volvería pronto. Echó la llave con dos vueltas.

—¿Y el niño?

—Sigue tan dormidito.

—Esperaré un rato—dijo la santa dando un suspiro; y cansada de estar en pie, se sentó en el más alto escalón del tramo. Parecía una pobre que espera se abra la puerta para pedir limosna.

«¿Pero dónde habrá ido esa loca?... Lo que yo digo: á ésta no la sujeta nadie. No va á poder criar á su hijo. Tiene á lo mejor algunas corazonas felices; pero cuando menos se piensa la pega... El mejor día abandona á su niño ó lo mete en la Inclusa... No; eso sí que no se lo consentimos. Si el pobrecito tiene una madre descastada, no le faltará quien mire por él.»

Cuando esto pensaba, sintió subir á otra persona. Era Ballester, quien al verla se quedó algo cortado. «¿Viene usted á esta casa?—le dijo la dama.—Pues tómelo con paciencia, que el pájaro voló. La señora esa se ha ido á la calle. Dentro están el chico y la criada; pero como se llevó la llave, no podemos entrar. Aguante usted el plantón, como yo, si no tiene prisa, que ya no puede tardar.»

—¡Pero si le habíamos prohibido que saliera! (asustadísimo y disgustado). Anoche, según me dijo D. Francisco de Quevedo, estaba algo excitada. Por eso yo venía á ver... ¡Qué disparates hace!

—¡Ya lo creo que es disparate! ¿Y usted no sospecha dónde podrá estar?

—Yo... nada. En fin, esperaremos.

Sentóse el regente dos escalones más abajo, y la santa guiñó los ojos para mirarle. Como no se paraba en barras cuando creía necesario interrogar á alguna persona, de buenas á primeras acometió á Ballester en esta forma: «Dígame

usted, caballero, y dispense la confianza. ¿Es usted la persona que ahora... tiene más ascendiente con esta mujer?

—Yo, señora... ascendiente no creo tenerlo... La conozco hace poco tiempo. Soy su amigo; me intereso algo por ella.

—No trato yo de que usted me diga qué clase de amistad es esa...

—Las relaciones más puras... ¿Qué, no lo cree usted?

—Sí, yo creo todo. Precisamente tengo mucha fe (riendo con gracia); pero no se trata ahora de esto. ¿Á mí qué me importa? Lo que quiero decir es que si usted tiene algún influjo sobre ella, debe aconsejarle que... Porque el día mejor pensado esta mujer vuelve á las andadas, y se cansará de criar á su niño. Lo mejor sería que le pusiera un ama, entregándoselo á personas que le habrían de cuidar mejor que ella. Aconséjele usted esto.

—Yo... qué quiere usted que le diga... creo que no le abandonaré. Está muy entusiasmada con él.

—Sí, buen entusiasmo nos dé Dios. ¡Mire usted que ésta!... ¡Marcharse á paseo! Qué ganas de calle tenía. Ni sé cómo el angelito aguanta tanto tiempo sin mamar...

No había acabado de decirlo, cuando oyeron los chillidos del pobre niño. No pudiendo contenerse, Guillermina se levantó y fué hacia la

chapa agujereada, y por allí echó estas vehementes expresiones: «¡Hijo mío, esa loca que no viene!... Tienes razón... ¡bribona! Aguárdate un poquitín, un poquitín.» Llamó para que viniese á la puerta la chiquilla, y le dijo: «Oye, niña: á ver cómo le entretienes un momentito, que tu ama no puede tardar. Mécele en su cunita, cántale algo, sozona.»

Y volviendo al peldaño, charló con su compañero de plantón: «¡Qué alma de mujer!... ¡Ay!, tengo el genio tan vivo, que rompería la puerta, cogería al niño y le llevaría á que le dieran de mamar... ¿Es usted médico?»

—No, señora; soy farmacéutico.

Se calló porque sintieron pasos, ya muy cerca, como de una persona que subía con cautela, y miraron á la meseta inmediata, esperando á que el que subía diese la vuelta. La aparición de aquella persona les dejó á ambos muy sorprendidos. Era Maximiliano, quien al ver á doña Guillermina y á Segismundo sentados en la escalera, hizo el siguiente razonamiento: «Dos personas que esperan y que se sientan cansadas. Luego hace tiempo que esperan, y la casa está cerrada.»

Un rato estuvo inmóvil sin saber si seguir subiendo ó volverse para abajo. El regente se reía y Guillermina le miraba con gracejo.

—Nada—le dijo ésta,—que tiene usted que esperar también. ¿Tiene usted llave?

—¿Llave yo?

—La del campo—indicó Ballester con mal humor, discurrendo que maldita la falta que hacía Maxi allí.—Más vale que se vaya usted, amigo Rubín, y vuelva, porque esto va largo.

—Esperaré yo también—contestó el otro, sentándose debajo de Ballester.

Y volvieron á oirse los desesperados gritos del *Pituso*, y Guillermina no disimulaba su impaciencia y zozobra. «Ya se ve, la pobre criatura tiene gánita... ¡Cuidado que levantarse antes de tiempo y plantarse en la calle!... Le digo á usted que la pegaría...»

Maximiliano callaba, no quitándole los ojos á la santa, á quien nunca había visto tan de cerca.

—Pues estamos lucidos—añadió ella.—Ya somos tres. Y esto va picando en historia. Siento pasos. ¡Si será al fin esa veleta!...

Los pasos no parecían de mujer. ¿Quién sería? Miraron los tres, y apareció José Izquierdo, quien al ver á doña Guillermina se sobresaltó extraordinariamente y miró para abajo, como si se quisiera tirar de cabeza. Habría él dado cualquier cosa por tener donde meterse. La santa se reía en sus barbas, y por fin le dijo: «No me tenga usted miedo, señor de *Platón*... ¿Por qué está usted tan asustado? No me como la gente. Si somos amigos usted y yo...»

—Señora—dijo el *modelo* con un gruñido,—

cuando el endivido tiene necesidad, no pué ser caballero y hace cualquiera cosa.

—Sí, hombre, ya lo sé, y aquel gran timo que usted nos dió está olvidado... ¡Pues si viera usted qué guapo está el *Pituso!*

—¿De veras? ¡Ay! ¡probe piojin de mis entrañas!

—Sí; se cria perfectamente. Y es tan listo y tan travieso que tiene alborotado todo el asilo.

—¡Ay, cómo se le conoce la santísima sangre de su madre, que revolvió medio mundo! ¡Si tenía aquel chico un talento macho!... Vamos que...

—Ahora está usted como quiere, señor de *Platón*, según he oído, ganando unos grandes dinerales con la pintura.

—Defendemos el santo garbanzo, señora...

—Yo me alegro por diferentes motivos, pues estando usted tan en grande no se le ocurrirá engañar á la gente.

Izquierdo se rascaba una oreja, y la habría dado porque la santa mudara de conversación.

—Si la señora quiere, no miremos pa trás.

—Si esto no es mirar *pa trás*... Vamos, que ahora, si usted estuviera mal de fondos, bien podría intentar otro negocio como aquel... y no con moneda falsa, sino con legitima.

Ballester se reía y Maximiliano estaba muy serio, lo que reparó la fundadora, apresurándose á decir: «Si no fuera por estas bromas, ¿cómo pasaríamos el horrible plantón? Yo me consumo

cuando tengo que esperar, y cuando espero estúpidamente por la tontería de una persona, pierdo la paciencia en absoluto...

Volvió á oirse la quejumbrosa cantinela de Juan Evaristo, y Guillermina tiró de la campanilla para decir á la criada: «Mujer, entretente; dile cositas. Pareces tonta... ¡Hijo mio, ya viene, ya viene!... Verás qué soba le doy cuando entre, por tenerte así tan solito, muertecito de hambre... Señores (volviendo al escalón), ustedes me han de dispensar, y si alguno se cansa, no esté aquí por hacerme compañía. Algo debe de haberle pasado á esa mujer, cuando tarda tanto. Propongo que se nombre una comisión que vaya á hacer un reconocimiento á la calle y averigüe dónde puede estar.» Al decir esto miraba á Maxi, dando á entender que fuera él de la citada comisión. El joven no hizo ademán alguno que indicara intención de moverse, y en la misma actitud perezosa en que estaba, mirando de soslayo á sus compañeros de plantón, dijo así: «Hace como unos cinco cuartos de hora iba en un coche por la calle de Atocha... Entró por la calle de Cañizares... Hace como unos tres cuartos de hora, vi el mismo coche atravesar la plaza de Santa Cruz hacia la calle de Esparteros...»

Ballester y Guillermina se miraron alarmados. «Pues propongo—repitió ella—que vaya una comisión á la calle de Esparteros... ¿Y no

vió usted si el coche se detuvo en alguna parte?»

—No, señora... Yo creí que el coche venía hacia acá, pues aunque el camino más directo desde la calle de Atocha es Plaza Mayor, Ciudad Rodrigo y Cava, como en la entrada de la Plaza, por Atocha, están adoquinando y no se puede pasar, dije yo: «Es que el cochero va á tomar la calle Mayor.» Pero por lo visto no ha venido aquí. Luego ha ido á otra parte. Quizás haya ido á visitar á alguna amiga, Aurora, por ejemplo...»

Ballester y la santa volvieron á mirarse con inquietud. «Lo que este chico dice—indicó el farmacéutico comunicando á la dama sus temores—me parece tan lógico, que casi casi me inclino á tenerlo por cierto.»

Oyéronse pasos otra vez; pero eran muy pesados y les acompañaba un carraspeo y resoplido de persona madura, por lo que nadie creyó fuera Fortunata la que llegaba. «Es Sigunda» dijo Izquierdo antes de verla, y no se equivocó. La placera se puso en jarras al ver la escalonada tertulia que allí había, y cuando apreció quién estaba sentada en el lugar más alto, abrió medio palmo de boca, expresando su admiración de esta manera: «¡Bendito Dios! ¡El ama de la casa sentadita en la escalera, como una pobre que está esperando las sobras de la comida! Pero qué, ¿no está esa diabla? ¡Se ha escapado á la calle! Me lo temía. ¡Qué cabeza! ¡Si

estaba ella anoche muy encalabrada!... Pero señora, ¿por qué no pasa á casa de D. Plácido? Allí habrá sillas, al menos, y podrán la señora y los señores sentarse á gusto...

—Hágame el favor de llamar en el tercero y ver si está Plácido. Tengo la seguridad de que él la encuentra.

Segunda llamó, y Plácido no estaba.

—¿Quiere la señora que vaya á buscarla?... ¿Pero adónde?

—Yo iré—dijo Ballester, que no podía desecher la idea de que en el obrador de Samaniego darian razón de la fugitiva. Pero aún hablaba con Guillermina en secreto, cuando Segunda, que había bajado en busca de una llave ó ganza con qué abrir la puerta, gritó desde el principal: «Ya está aquí, ya está aquí.»

—¡Ah, gracias á Dios!...—exclamó Guillermina sin intención de doble sentido.—Ya pareció la perdida. Veremos lo que trae.

—Una de dos—dijo Ballester suspirando:—ó trae la cara arañada, ó trae sangre y quizás piel humana en las uñas.

—Es mucha mujer ésta...

Todos se levantaron menos Maximiliano, que continuó echado apáticamente hasta que vió á su mujer. Ésta subía jadeante, sofocadísima, limpiándose con un pañuelo el sudor de la cara, y levantándose las faldas para no pisárselas. En la mano traía la llave de la casa. «¿Qué, he tar-

dad?... Si no he tardado nada. Despaché en seguida... ¡Ah!, doña Guillermina también aquí! Hija, yo creí desocuparme más pronto... Y mi rey tiene hambre... ya le oigo llorar... Voy, voy, hijo de mis entrañas... ¡Ay!, creí que no me dejaban venir. Si me llevan á la cárcel, no sé... pobrecito mío.

—Abra usted, abra pronto...—le dijo Guillermina empujándola,—callejera, cabra montés. Está visto: no sirve usted para madre... ¡Ángel de Dios! Hace dos horas que está rabiando... Si usted no se enmienda, tendremos que mirar por él.

VIII

Abrió y entraron todos atropelladamente: Fortunata delante, Guillermina agarrada á ella, y detrás Ballester, Maxi, Izquierdo y Segunda. La madre corrió derecha á la alcoba, donde estaba el pequeño en su cuna, dando unos gritos que enternecerían al caballo de bronce de Felipe III. «Aquí estoy, rico mío; aquí está tu esclava... Ven, ven, cielo de mi vida; toma la tetita, toma... ¡Ay, qué hambre tan grande!... ¡Cuánto ha llorado mi ángel!.. Yo desatinada por venir. ¡Qué contento se pone mi niño!... Ya no llora más, ¿verdad? Ya no más...»

Sin quitarse el mantón había cogido al chiquillo, disponiéndose á aplacar su gran necesi-

dad. Se sentó en la cama, para dejar á Guillermina la única silla que en la alcoba había. La santa no atendía más que al pequeñuelo, observando si la ansiedad con que mamaba iba acompañada de satisfacción. «Me temo que con esos arrebatos se quede usted sin leche.»

—¡Quiá, no señora!... Vea usted: la tengo de sobra. Al contrario, creo que si no me desahogo me quedo seca. Estaba yo anoche que no cabía en mí. Me era tan preciso vengarme, como el respirar y el comer. Pues verá usted... Después de darle una bofetada que debió de oirse en Tetuán, le pegué un achuchón con la llave, y la descalabré... Después metí mano á las greñas...

—Cállese usted por Dios, que me da horror de oirla.

—Me querían llevar á la cárcel, y estuvieron cerca de una hora si me llevan ó no me llevan. Fueron los policías, y yo dije que estaba criando. Total, que por fin me soltaron, y aquí me vine corriendo. ¡Si no hay como ser así para que la respeten á una! Si no están allí las condenadas modistas, me paseo por encima de su corpacho como por esa sala. Porque mire usted que es re-mala: ¡engañar á dos, á dos, señora: á mí y á la otra, que es un ángel, según dice todo el mundo! Dígale usted que su cuenta con *la Samaniega* está ajustada.

—Me parece que está usted muy trastornada... Cállese, cállese y atienda á su hijo...

—Ya atiando, señora, ya atiando. ¿Pues no me ve?... Hijo, gloria de tu madre, emperador del mundo... ¡Ay!, crea usted que si aquellos perros guindillas no me dejan venir á dar de mamar á mi hijo, no sé lo que me pasa... El mismo Samaniego fué quien me soltó, diciendo: «Que se vaya noramala.» Pues sí, señora, estoy contenta. Y crea usted que no me alegro por interés... ¿Para qué quiero yo el dinero? Para nada. Me alegro por tener *el hijo de la casa*, y esto no me lo quita nadie. Ni con latines ni sin latines me lo quitan. ¿Verdad, señora? Usted está ahora de mi parte. Y *ella* también está ahora de mi parte, ¿verdad?

—Cuando digo que usted no tiene la cabeza buena (bastante alarmada). Cállese la boca. Tengamos formalidad (dándole palmadas en el hombro), porque si no lo cria bien, le pondremos ama; y en último caso, hasta le recogeremos para tenerlo con nosotras.

—¡Quiá!... No señora... Yo no le suelto (con gran excitación y desbordamientos de alegría). ¡Estoy tan contenta!... Usted me va á querer, señora, ¿verdad? ¿Me querrá usted? Por que yo necesito que alguien me quiera de firme. Verá usted qué bien me voy á portar ahora. ¿Hombres? Ni mirarlos. No quiero cuentas con ninguno. Mi hijito y nada más.

—Sí... quien no te conozca que te compre.

—¡Ah, usted no me conoce, señora!... ¿Cree

que?... Ja, ja, ja... Mi hijito, y aquí paz... Verá usted: nos haremos cargo de que es hijo de las tres, y tendrá tres madres en vez de una...

A la santa le hizo gracia aquella extraña idea.

—Mire usted: después que Dios me ha dado al *hijo de la casa*, no le guardo rencor á la otra... Porque yo soy tanto como ella, por lo menos... Como no sea más. Pero pongamos que soy lo mismo. No le guardo rencor, y como me apuren mucho, hasta le tomaré cariño... Tres mamás va á tener este rico, esta gloria: yo, que soy la mamá primera; ella la mamá segunda, y usted la mamá tercera.

—Pero hija, ¡qué alborotada está usted y qué disparates dice! (tomándole el pulso y examinando con alarma el brillo de sus ojos). Extraño mucho que el pobre Juanín encuentre qué sacar de ese pecho...

Las demás personas que en la casa entraron estaban en la sala, sin atreverse á pasar mientras durase aquel animado coloquio de la diabla y la santa, cuyo lejano run run oían. Guillermina pasó á la salita en busca de Ballester, que estaba muy cariacontecido junto á los cristales de la ventana mirando á la plaza, y le dijo: «Está esa mujer excitadísima, y me temo que se seque... ¿Hay aquí antiespasmódica?»

—Sí, sí, la preparé yo con muchísimo esmero; pero traeré más esta noche. ¿Dice usted que está excitadísima?

—Pero atroz... Cabeza trastornada; dice mil despropósitos. Entre usted.

Cuando Ballester le propuso que tomara la medicina, replicó la joven: «Lo que quiero es agua. Tengo una sed horrible... la boca seca.» Bebió con ansia, y entretanto, la fundadora llevaba aparte á Ballester, y le decía:

—Oiga usted: Y su marido, ese pobre hombre, ¿qué viene á buscar aquí? ¿Qué hace, qué dice, cómo ha tomado esto?

—Señora—replicó el regente fluctuando entre la seriedad y la risa.—¿Usted no lo entiende?... Pues yo tampoco. Su natural es tímido. Por eso, cuando veo que rompe á hablar con personas que no son de confianza, me escamo mucho. De algún tiempo acá todo cuanto ese chico habla es tan atinado, que podrían tenerlo por suyo los siete sabios de Grecia.

—¿Pero no está...?—preguntó la dama, llevándose á la sien su dedo índice.

—A saber... Él fué quien le trajo el cuento de lo del tal con la cual, quiero decir, con la *Fenelona*. Yo no me fio de la cordura de este caballerito, y siempre que le cojo á mano le registro, á ver si trae algún arma. No me gusta nada verle aquí.

Rubin é Izquierdo estaban sentados en el sofá de la sala, ambos silenciosos. Fortunata llamó á Ballester y á *Platón* para contarles lo que había hecho, y en tanto Guillermina se fué

á sentar junto á Maximiliano, insinuándose con él por medio de una sonrisa de benignidad. Quiso la dama hablarle, y no pudo decir una palabra, pues con todo su talento y práctica del mundo no acertaba con la clave de las ideas que ante aquel hombre, dada la situación de él, debía desarrollar. ¿Qué le diría? ¡Éste sí que era problema! ¿Qué tono tomaría? ¿Era cuerdo el tal ó no? Porque si había dificultades considerándole demente, tratándole como sano las dificultades eran tales que rayaban en lo imposible. ¿Le hablaría del niño?... Jesús qué disparate. ¿Le diría que su mujer era una joya? ¡Qué barbaridad! ¿Acometería el estado real de las cosas? Ni pensarlo. ¿Lo tomaría por el lado religioso y de la resignación? Tampoco. ¿Por el lado mundano? Quiá... Nunca se había visto la buena señora enfrente de un problema de ciencia social tan enrevesado y temeroso. Aquel enigma superaba á cuantos enigmas había visto ella en su vida infatigable.

—Vamos—pensó la fundadora,—¿á que tirando por la calle de en medio salgo bien? Es lo mejor, y este sistema siempre me ha dado resultados. Oiga usted, caballerito...

—Señora...

Y aquí se atascó el diálogo, porque la santa no se atrevía á pasar adelante. Pero quiso Dios que la misma esfinge le abriese camino, diciéndole: «Yo conocía á usted de vista y de fama;

pero nunca había tenido el gusto de hablarle... Es usted una santa, y cuando se muera, la canonizaremos y la pondremos en los altares.»

—Gracias; es favor—replicó ella con gracejo.—Y á mí me parece que el santo es usted.

—Yo... (sin maravillarse mucho de la lisonja). Pero de mí á usted hay una gran diferencia. Cierto que yo he ganado algunas batallitas contra mis pasiones; pero no he llegado, ni con mucho, al grado de perfección que usted. Disto bastante todavía. Si con padecer se llegara, ya estaríamos en el pináculo, porque yo he padecido mucho, señora. Usted se pasmará de la serenidad que nota en mí. Todos se pasman, y no es para menos. Porque aquí donde usted me ve, he estado loco, loco perdido...

—Lo sé, lo sé... ¡Ay, qué dolor!

—Y he ido pasando por éste y el otro grado. Primero tuve el delirio persecutorio, después el delirio de grandezas... Inventé religiones; me creí jefe de una secta que había de transformar el mundo. Padecí también furor de homicidio, y por poco mato á mi tía y á Papitos. Siguiéron luego depresiones horribles, ganas de morirme, manía religiosa, ansias de anacoreta, y el delirio de la abnegación y el desprendimiento... Pero Dios quiso curarme, y poco á poco aquellos estados fueron pasando, y la razón, que estaba muerta, empezó á nacer, primero chiquitita, y después creció tanto, tanto, que se me hizo un

cerebro nuevo, y fui otro hombre, señora. Y me encontré entonces con la novedad de un gran talento, perdóneme usted la inmodestia, con una gran aptitud para juzgar de todas las cosas...

Guillermina estaba pasmada y no se le ocurría nada que oponer á aquellas razones. Expresábase él con admirable serenidad y con fácil y aun ingeniosa palabra, sin atropellarse ni vacilar un instante, las facciones reposadas, todo cortesía y aplomo.

—Y cuando volvi á la vida, porque volver á la vida fué aquello, encontréme como el que sube á un monte muy alto, muy alto, y ve todas las cosas de golpe, reducidas á mínimo tamaño. «Aquello, decía yo, que me pareció tan grande, vedlo allá tan chiquitín.» Hiceme cargo de todo lo que había pasado durante mi enfermedad, que más bien me parecía sueño, y vi la infidelidad de esa desgraciada; vi también que tenía una cría; y la claridad de aquella razón nueva y robusta que yo había echado me hizo ver un caso de aplicación de la justicia, y consideré que era de mi deber contribuir á la extirpación del mal en la humanidad matando á esa infeliz, con lo cual la redimía, porque yo he dicho siempre: «Bienaventurados los que van al patíbulo, porque ellos en su suplicio se arrepienten, y arrepintiéndose se salvan.»

Guillermina iba á contestar algo á esto; pero el otro no la dejaba meter baza.